

EPÍLOGO

La casa del flamboyán (2012-2013)

Camino hasta la máquina expendedora de gaseosas y coloco un billete de cinco pesos en la ranura. Se lo traga y a cambio me da nada. Estoy a punto de embarcar y tengo sed. Hace tres horas salí de casa dejando a mis niñas atrás. Lloraban y sus abuelos, mis papás, estaban con ellas. En el trayecto entre Caballito y Ezeiza pensé que así también otras madres dejaron a sus hijos aunque ellas lo hicieron poniendo en riesgo su vida. Lo mismo los papás. ¿Serían sus razones más importantes que las mías? ¿Será lo mío importante? ¿Lo serían las razones que ellas tenían? ¿Era posible lo que ellas querían? Sabían que podían morir, no lo deseaban, pero era la realidad.

Sentada con mi mochila, mientras espero el llamado para mi vuelo, veo a mis hijas paradas en la escalera de casa y después bajando tras de mí. Porque cada vez que escribo sobre niños ellas están ahí y hacen que me pregunte por qué y cómo otros padres y otros hijos vivieron y sobrevivieron o no pudieron hacerlo. *De vuelta a casa. Historias de hijos y nietos restituidos* fue mi libro desde aquel día en que regresé a la mía después de una entrevista en Abuelas de Plaza de Mayo, una tarde calurosa de diciembre del año 2006. Entonces las mellizas tenían solo once meses y todavía tomaban la teta. Me pregunté ese día cómo una mujer se quedaba con el hijo

de otra y cómo esos niños continuaban su vida. Ahora mis hijas ya saben leer y escribir y tienen la edad de los mayorcitos de la guardería. La noche anterior a mi partida lloraron las dos. Caterina lloró con lágrimas largas que de pronto se secó para sonreír. Maia me miraba seria. A punto de partir y cuando estaban por quebrarse, las dos me abrazaron fuerte. Cati me miró fijo a los ojos y me dijo: “Mami, espero que encuentres en Cuba lo que vas a buscar”. Maia dijo algo parecido y agregó que seguramente allá haría calor y yo podría tomar sol. Sentí culpa y con mi culpa y las ganas de encontrar las historias que iba a buscar subí al taxi y las vi caminar por la vereda. Arrancó el chofer y ellas empezaron a correr. Siempre que alguien se va de viaje hacen lo mismo. Corren y saludan las dos hasta que pierden el auto de vista.

Me voy a Cuba la tarde del lunes 27 de agosto del año 2012. Es un viaje que postergué y postergué. Sin embargo, por más estrujado que tenga el corazón, siento mientras parto que debo y necesito ir. Desde el Aeropuerto Internacional escribo un mensaje de texto a María de las Victorias Ruiz Dameri, porque fue por ella y para contar su historia en mi libro anterior que supe que hubo una guardería en La Habana. “Voy a buscarte –escribo–, y voy a traerte de vuelta”. “Gracias”, responde, seguramente con los ojos mojados, allí donde esté.

Y entonces, me voy. Subo al avión, saluda el comandante, despega. Me voy a buscar esa casa que Miguel Binstock me dijo que no buscara porque no eran paredes la guardería. Ni ventanas. Ni hamacas. Ni cuartos gigantes para muchos chicos.

El vuelo de Taca con destino a Lima embarca a las 17:15 y despega casi dos horas después. Tres veces comeré en este viaje con escala en Perú y también en El Salvador. Cena argentina, desayuno peruano y de almuerzo sándwich de “poio” o de chorizo.

La escala limeña es la más extensa, toda una noche de

ocho largas horas intentado dormir recostada en tres asientos, sobre mi lado derecho y con las piernas dobladas en posición fetal. Me despierto y paseo y pruebo el pisco gratis que ofrecen en el *free shop*. No me conecto a Internet. Prefiero no gastar y ya creo que es hora de estar con todos los sentidos en cada lugar y empezar a alejarme del mundo virtual. Dudo, lo admito. Pero decido que estoy en viaje y no estoy ni allá, ni más allá, estoy acá, justo en el medio, entre Argentina y Cuba.

En el aeropuerto de Lima apoyo mi cabeza sobre la mochila color bordó y tapo mis ojos con la manga de mi buzo para poder dormir. Los ruidos van y vienen, las voces también. En algún momento incluso sueño y dormito con el temor de confundir la hora local con la de mi país. Así que duermo poco y antes de que llamen para embarcar ya voy y vengo de nuevo de acá para allá hasta que me siento frente a la puerta de embarque para partir a San Salvador donde haré una nueva escala.

En San Salvador un cura argentino se sienta a mi lado y me dice que me vio en el aeropuerto anterior. Está volando a misionar en Cuba porque desde el viaje del papa Juan Pablo II todo es algo más sencillo para la Iglesia Católica. Estará un mes más que yo y de regreso tendrá un vuelo directo desde La Habana a Buenos Aires. Me da envidia. Perdón debería pedir por esa sensación. Me habla con una Biblia en la mano y yo no quiero hablar. Me pide que le cuide su bolso porque le sangra la nariz. Pucha digo, no puedo ni salir a caminar. Finalmente él vuelve por su bolso mientras llaman para el embarque, muestro mi pasaporte, mi pasaje y mi visa. Y subo al avión para las últimas tres horas de vuelo.

Después de volver a comer, de pronto miro hacia abajo y veo el mar, el Caribe, el agua donde pescó su tiburón aquel viejo de *El viejo y el mar*, uno de los libros más lindos que leí en mi vida y uno de los primeros que leí. Veo abajo que

el mar cambia de color, y bordea la isla, esa isla, la isla del Che. Enseguida aparece la selva y lo imagino luchando. Me pregunto si yo hubiera nacido veinte años antes de lo que nací, qué hubiera hecho. No puedo responder porque uno lo ve desde la realidad actual y no lo haría o desde el romanticismo de la idealización del Che y entonces puede creer que sí pero no es lo mismo imaginar que poner el cuerpo y llevar un arma en la mano.

El avión comienza a descender. Tal vez sea la ansiedad que siento o que pienso en cada uno de los que vinieron a la guardería treinta y tres años atrás o tal vez sea simplemente el vuelo, lo cierto es que me siento descompuesta, a punto de vomitar. Recuerdo a cada niño sin mamá o sin papá e incluso a los que no los perdieron pero que algo perdieron también en el camino. Y no puedo evitar sentir ganas de llorar.

De pronto recuerdo lo que me dijo Cecilia Cremona sobre el sofocón que sintió al descender del avión para dejar a sus hijos en la guardería. Lo mismo siento yo cuando bajo a la pista y necesito, urgente, ir al baño.

Aunque a mí no me esperan de Tropas Especiales hago los trámites de migraciones sin problemas. Una joven mujer negra me mira y sin sonreír me dice: “Bienvenida”. Abre la puerta y sigo de largo. Del otro lado paso mi mochila por los rayos X y otra mujer vestida de blanco y color caqui me escanea a mí. Sonríe. Camino cuatro metros y ahí me piden otra vez mis papeles. “¿Viene a estudiar?”, me preguntan con amabilidad y recuerdo que en unos días comienza el ciclo lectivo en la isla.

Levanto la vista y un amigo de un amigo está allá, esperándome. A cambio solo tengo que pagarle la gasolina. Nos saludamos con un apretón de manos. Me pregunta, como ya preguntó vía e-mail, si deseo ir en su carro porque, explica, no se ofende si cambio de opinión. Su auto es viejo y chiquito,

apenas entramos los dos y en el asiento trasero mi valija. Le digo que no. Prefiero la calidez del amigo de mi amigo a la comodidad de un desconocido. Eso digo. Y es cierto.

Como él, cada cubano con quien esté en los nueve días siguientes me mostrará la solidaridad típica de la isla. Se toman su tiempo para hablar y escuchar, para compartir. No hay redes sociales, pocos llevan celular, no encuentro en qué gastar en la isla que sigue intentando escapar al sistema capitalista. Alfredo me hace un tour en el camino hacia Miramar, donde pararé, me lleva a una “cadeca” para que cambie euros por CUC y pesos cubanos, me regala dos botellas de agua mineral y me deja en donde he rentado una habitación, una casa donde me harán sentir como si fuera hija y no extraña.

Después de ducharme (lo haré tres veces cada uno de los días posteriores), llamo a Jesús Cruz, aquel cubano del Departamento América que media hora después de cortar la comunicación conmigo ya está de visita. Lo mismo ocurrirá al día siguiente con Saúl Novoa quien, solícito, no se despegará de mi lado y será también mi guía como lo era de los montoneros cuando estaba en Tropas Especiales.

Cruz llega con una hoja en la que tipeó un listado de lugares para ver. Escuelas, parques, hospitales, círculos infantiles, la “Embajadita”, la Comandancia en calle Primera, los lugares de recreación y las dos casas donde funcionó la guardería. Con ese papel como guía hacia todos esos lugares vamos la primera mañana de mi estadía. Suele hacer eso con los niños que lo buscan de la guardería.

El trato con Jesús es también que lo ayude con la gasolina. Es cara en Cuba y yo pago en CUC que al cambio equivale casi al valor del dólar para los argentinos. Todo el día estamos arriba de su Lada blanco y cuando ya pasó mucho rato de la hora de almorzar me pongo ansiosa. Hemos visto la casa de la calle 14 donde funcionó la segunda guardería

pero no hemos ido aún a Siboney, donde fue sacada la foto más conocida de la guardería, de aquella primera con los primeros chicos, aquella donde la mamá de Miguel, Mónica, se sacó la última foto con los dedos en V.

Recuerdo que muchos chicos que vivieron ahí intentaron volver pero nunca encontraron la casa porque está en un área de difícil acceso, rodeada de estrictas medidas de seguridad porque por ahí cerca vive Fidel Castro.

Miguel sí me mostró una foto y cuando por fin Jesús encamina el auto hacia Siboney, toma un camino, da la vuelta y la vemos. Está ahí, en la esquina, igualita a la foto de Miguel. Entonces Saúl dice que no es la casa y Jesús dice que sí. Estacionamos, bajamos del auto, damos vueltas, miramos, ellos señalan posibles reformas. Saco la fotocopia de la foto y volvemos a mirar. Los niños tapan el frente en la imagen pero por lo poco que se ve, no se parecen. Lo que sí es seguro es que se trata de la casa donde se fotografió Miguel aunque él me dijo que la guardería era mucho más que una casa. Entonces golpeamos la puerta y nos abre una empleada que llama al dueño. El señor que allí vive aparece en bata y nos invita a pasar. Jesús y Saúl vuelven a discutir. Uno dice que la tela metálica que cubre las ventanas es la que puso Fernando Vaca Narvaja cuando volvió de México, para que no entraran bichos y picaran a los chicos. El otro dice que el patio no se parece al patio donde él hizo poner arena para que los niños jugaran. Y el hombre, que nos invita a sentar y nos convida café, dice que esa casa no puede ser y nos cuenta una larga historia de cómo y cuándo fue a vivir ahí, en la época en que era piloto de Fidel. Quiero creer que se equivoca y miro cada recoveco y repregunto intentando saber si esa casa es o no es.

Cuando nos vamos Saúl y Jesús siguen la discusión y recorreremos toda el área buscando la casa. De pronto el auto se

para y deja de andar. Jesús busca ayuda y Saúl y yo caminamos muertos de calor, no nos resignamos a no buscar. Pensamos que nos habíamos quedado sin combustible y le compramos a unos campesinos, el auto arranca y apenas entramos en Miramar, se vuelve a parar. Por varios días nos quedaremos sin el carro hasta que se pueda arreglar, por lo tanto mientras Jesús se ocupa de eso y otras cosas, yo me dedico a conocer a otra gente que estuvo en contacto con los niños de la guardería, a recorrer algunos lugares a pie, a ir a la playa donde se perdió el hijo de Jesús y juntar caracoles y guardar arena en botellas de agua mineral. Son souvenirs para llevar a Buenos Aires para gente que añora el tacto de esa arena.

Me cuentan muchas cosas, encuentro gente que recuerda con cariño a niños y grandes. Saco fotos. Filmó. Y de noche, cada noche, hago un *backup* de todo en la computadora y mientras tanto leo y pienso y pienso que tal vez me vaya sin encontrar la casa y siento que necesito verla. Entonces pienso en lo que me dijo Miguel, que la guardería no fue una casa sino el lugar donde él estuvo por última vez con su familia. Y pienso en los papás que pasaron días ahí, en los niños que jugaban en el patio a la guerra. Y pienso que mientras ellos jugaban, los padres volvían a la Argentina a intentar acciones armadas contra la dictadura y que muchos fueron secuestrados o cayeron en enfrentamientos.

Recuerdo cada entrevista y vuelvo a pensar en lo que dijo Miguel, y aun así, no me resigno a no verla.

Trato de reflexionar allá sobre qué significó la guardería. Para algunos fue tener familia y hermanos, para otros fue un shock emocional, pasar de vivir clandestinos, de no ir a la escuela, de estar escondidos, a vivir una vida colectiva. Para algunos fue vivir con la verdad, sentir coherencia entre el discurso de los padres y el de la sociedad cubana. Para otros fue vivir como entre algodones hasta tener que oír la peor verdad

que un niño puede escuchar que es enterarse de la muerte de su mamá, de su papá o de ambos al mismo tiempo. Para otros no fue la guardería sino Cuba en sí misma la salvación, aunque a la mayoría luego le haya costado vivir otra vez en un sistema capitalista en la Argentina, país adonde volvieron después de 1982 porque la mayoría de los padres no se resignaban a no volver. Para eso luchaban, les decían, para volver y para tener un país mejor. De hecho, de aquellos niños no son pocos los que vuelven una y otra vez a Cuba o que incluso han estudiado en la isla, donde además buscan aquellos afectos que tuvieron.

La mayoría de las personas a las que he entrevistado guardan un buen recuerdo, quizás por eso algunos hayan querido preservar la guardería hasta convertirla casi en un secreto. Para otros, de las personas con las que hablé debo decir que son los menos, allí estaban algunos “demonios” a los que responsabilizan, no directamente pero sí de alguna manera, por las decisiones que implicaron los riesgos que corrieron sus papás.

Algunas cuestiones serán más tarea de la psicología que de esta periodista. Sobre todo cómo cada cual procesó su historia, si perdonaron a sus padres, si consideran que algo había que perdonar, si los entendieron, si creen en sus mismas ideas y las continúan, si necesitan hablar de lo que les pasó o si prefieren, en cambio, preservarlo sólo para sí mismos.

Políticamente, debo también decir que encontré a muchos de los que estuvieron en la guardería, defendiendo las convicciones ideológicas de sus padres. Incluso hay quienes, entre aquellos niños y aquellos adultos, consideran que durante años tuvieron que “resistir” y “esperar” y que en la actualidad, desde la llegada del matrimonio de Néstor y Cristina Kirchner al poder, algunas cosas de las que entonces buscaban, son posibles. Quienes así piensan y se enrolan en distintas vertientes políticas ligadas al kirchnerismo (Frente para la Victoria, Movimiento Evita, Nuevo Encuentro, La Cámpora, por ejemplo)

aseguran que la Contraofensiva no fracasó sino que fue una manera de sembrar y así me lo han dicho.

Otros, debo decirlo, confrontan profundamente con este Gobierno y no encuentran en los Kirchner continuidad con las ideas setentistas.

Me preguntaron muchos por qué quería escribir este libro. Casi siempre fue la primera pregunta que mis entrevistados me hicieron a mí. A veces no supe qué responder. Lo cierto es que la historia me buscó y también varios de sus protagonistas.

Como con *De vuelta a casa*, creo que ni ellos ni nosotros, los que no estuvimos allí, podemos ser sujetos ajenos a episodios que tienen que ver con la historia trágica argentina y que los y nos atraviesa también. Quizá mi aporte diferente sea la manera de contar y es que nuevamente me cuesta pensar la historia fríamente, sin preguntarme cómo sus protagonistas, madres, padres, hijos, hermanos, hicieron lo que hicieron y cómo lo vivieron. Creo, definitivamente, que ningún proceso político puede pensarse ni remotamente sin buscar el punto inicial en el ser humano que cada uno es y de donde parte a hacer lo que fuere.

Es por eso que no puedo escindir en mí a la madre de la periodista, ni en ellos a los padres de los militantes que fueron, cualquiera haya sido su grado o su participación en este caso en la guardería y en la Contraofensiva montonera.

Y quizás, en un gesto mesiánico que no me ennoblece, me haya movido también la necesidad de ayudar a sanar alguna herida de esas que me mostraron aún abiertas.

De chica rezaba para que aparecieran con vida todos los desaparecidos, entre ellos mi tío Beto y mi primo Hugo, así repetía cada noche antes de dormir, acostada en mi cama pintada de verde.

Dejé de rezar a los doce años después de la guerra de Malvinas. Entonces, cuando llegó el gobierno democrático, pensé que si no aparecían mi tío y mi primo sería porque mi fe no era del tamaño de un grano de mostaza y de alguna manera asumí

que algo de responsabilidad tenía esa niña de solo doce años.

Tal vez por eso escribí *De vuelta a casa*, para que aparezca algún niño desaparecido y salvarme a mí de mí misma.

Tal vez por eso fui al Pozo de Bánfield con Carlos D'Elía Casco y miré las paredes de las celdas buscando una señal de cuando su mamá estuvo allí secuestrada y detenida antes de parirlo en esa maternidad clandestina.

Tal vez por eso mismo fui a Cuba.

Tal vez por eso cuando en el octavo día aún no había encontrado la primera guardería sentía una enorme frustración. Insistí ante Jesús y Saúl y volvimos los tres a Siboney con los datos que nos dio un doctor.

Hicimos el mismo recorrido que el primer día. Y cuando tomamos la calle 222 y doblamos en la Avenida Novena exactamente en el sentido inverso que la vez anterior, la casa quedó sobre mi derecha y a través de una reja en medio de un paredón azul la vi. Y grité al verla: “¡Son los ladrillos rojos de la foto!”. Saqué la foto y le mostré a Saúl. Jesús detuvo el vehículo y pidió permiso para ingresar. La respuesta fue que no se podía, aunque al contar la historia nos dieron permiso. Entonces nos fotografiamos en el frente de ladrillos rojos, en el camino en U, y entramos en la casa. La cocina está igual y el piso de granito es el mismo que trapeaba Mónica, la mamá de Miguel y Ana, la mujer de Edgardo Binstock. Todo lo demás fue cambiado para que funcione la empresa que allí está en la actualidad. El patio trasero incluso no existe. Pero sigue allí verde y perenne y con flores rojas el mismo flamboyán en el patio lateral, donde estaba el arenero y jugaban los niños.

Juro que no quería irme de la casa aunque no fuera el espacio físico lo que hace a esta historia, como me dijo Miguel.

Además no lo podía creer. La casa del flamboyán queda exactamente enfrente de la entrada lateral de la primera casa que vimos, la del piloto de Fidel Castro. Lo que nos la ocultó

fue el tremendo tapial. ¿O sería como me dijo Miguel, la ceguera de la negación, el miedo de ver?

Cuando por fin nos fuimos con Jesús y Saúl supe que estaba lista para volver. Y entonces al día siguiente tomé mi vuelo de Taca con una escala en Perú aún más larga que la anterior. Desde el aeropuerto de La Habana volví a escribirle a María de las Victorias. Quería traerla de vuelta a casa sin que nadie la secuestrara en la frontera. En el mismo momento en que embarqué comenzó a llover torrencialmente como hacía mucho no llovía. Cuando descendí en Buenos Aires, también.

Ocupada en mis trámites de migraciones olvidé aferrar fuerte e imaginariamente a María de las Victorias y a Marcelo.

Lo advertí al subir al remís y sentí lo mismo que cuando a los doce años dejaba de rezar por mi tío y mi primo. Entonces me di cuenta de que nada tenía que ver con el tamaño de mi fe. Y me sentí horrible por atreverme siquiera a pensar que podía traer algo para los niños de la guardería.

Y no. Es así. Sólo les traje un puñado de fotos, el recuerdo del piso que pisé en la casa de Siboney y dos botellas de arena de la playa de Santa María, además de algunos caracoles que junté.

Entonces otra vez Miguel Binstock, sin saberlo, viene en mi auxilio. Me envía por e-mail el discurso que leyeron con su hermana Ana el sábado 9 de agosto de 2008 cuando colocaron una baldosa para “marcar los pasos” de su mamá, Mónica, frente a la casa donde vivió de adolescente, en Córdoba al 3386. Le hablaban los dos a ella y entre otras cosas muy fuertes, decían que “en esta mezcla de retazos que fuimos acumulando, nos fuimos acercando a vos, y reconstruyéndonos”.

Quizá sean los retazos de treinta, cuarenta o cincuenta niños y sus papás lo que intenté unir en este libro.

Quise contar y reencontrar la historia de la guardería de los hijos de los montoneros en Cuba. Sin juzgar. No es mi rol ni pretendo hacerlo.



La casa donde funcionó la guardería en 1979 y principios de 1980, treinta y tres años después. La fachada no ha cambiado: los mismos ladrillos rojos, la misma entrada en U por donde subían los autos y la “guagua”.



Junto a Jesús Cruz (izq.) y Saúl Novoa (der.), del Departamento América y Tropas Especiales respectivamente. Eran los cubanos que asistían logística y políticamente a la guardería y a Montoneros.